

El pergamino y la pistola

1. Las pertenencias del cadáver

*Las mentes estrechas suelen condenar
todo lo que está más allá de su alcance.*

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD

Hacia las veintitrés horas del diecinueve de noviembre encontrábame algo cansado y tedioso, tenía la extraña sensación de que la atmósfera del estudio era gradualmente más densa y viciada, y los latidos se hacían notar en la sien con una creciente violencia. La pequeña habitación constaba de una vieja cama, una mesita de noche con ruedas, un calendario con anotaciones y círculos, un armario grande repleto de ropa desordenada y un escritorio bajo la pirámide de libros desparramados. Una lamparita de escritorio cuya luz era más amarilla que blanca iluminaba el flanco izquierdo de la montaña de libros, si por iluminar puede entenderse un foco de luz enferma entre sombras grotescas. Era en ese flanco donde gustaba de colocar el portátil en las noches de insomnio y sentarme a escribir, siempre

acompañado de una taza de café. El hábito y la familiaridad del gesto de beber habíanse convertido en una especie de tic compulsivo que consistía en coger la taza, ya vacía, llevarla a la boca, y al instante volverla a dejar sobre el escritorio para repetir la operación a continuación. En no pocas ocasiones decidí romper con este hábito, si me permiten, un tanto estúpido; pero pronto descubrí que tanto al leer como al escribir mi concentración menguaba a la vez que mi nerviosismo se acrecentaba si no encontraba mi taza de café bien cerca. Es evidente que no siempre era consciente del tic, y jamás comprobé si con una taza distinta hubiérase dado en igual medida. Finalmente desistí y acepté el gesto como una particularidad de mi carácter, tan necesitado de particularidades.

Llevaba muchas horas concentrado en la lectura del erudito rumano Mircea Eliade, cuyas investigaciones sobre la experiencia religiosa se convertían en un perfecto pretexto para acceder al espíritu de los pueblos. En mi cuaderno de anotaciones podemos encontrar tales como:

El mito del eterno retorno. Pag. 56, arquetipo y año nuevo.

Lo sagrado y lo profano, ver oposición tiempo sagrado y tiempo profano.

Mitos, sueños y misterios. Pag. 28, conexión pueblos antiguos, yoguis y psicoanalistas.

Ver regressus ad originem.

Pag. 131, hierofanía, manifestación de lo sagrado.

Historia de las creencias y de las ideas religiosas.

Pag. 218, ver mana y tabú en los Polinesios.

Pag. 336, ver experiencias chamánicas.

Me tomo muy en serio cada uno de los artículos que me encargan, en calidad de antropólogo social y cultural, la revista de investigación *Roots and culture*. El artículo que preparaba la noche del diecinueve versaba sobre la estrecha relación en determinadas sociedades que mantiene los ritos y los mitos, ambos reconciliados en un tiempo sagrado indefinidamente repetible. Para no confundir al lector con conceptos que tal vez no le son familiares, intentaré hacer un breve resumen del argumento principal. Mircea Eliade distingue entre tiempo sagrado y tiempo profano. El segundo es la duración temporal ordinaria donde se inscriben actos sin significación religiosa. En cambio el tiempo sagrado, el dotado de significación religiosa es reversible y recuperable, o si se prefiere puede presentar un eterno retorno o circularidad. Me explico, hay un tiempo mítico primordial, el tiempo del origen o creación que encontramos en diversas culturas. Es a través de los ritos donde hacemos presente este tiempo mítico, lo reintegramos en el presente o si se prefiere regresamos al origen, lo importante es que establecemos una identidad temporal. Sobre este regreso al tiempo originario Eliade nos presenta la estrecha relación entre el buen primitivo, el yogui, el neoplatonismo y el psicoanálisis. Mi buen lector, este

no es el lugar adecuado para desarrollar dicho argumento, y no tengo ninguna intención de desviar su atención de los extraños sucesos que me han llevado a la situación angustiosa en que me encuentro. Pero no deseo obviar los pensamientos que me ocupaban esa noche del diecinueve, pensamientos que bien pudieron afectar mi razón cuando se desencadenó una serie de hechos fatales. Es por ello que estimo valioso un testimonio que no se abstrae de la cadena de ideas y juicios que envuelven su ánimo. Una vez llegado a este punto, describiré con suma brevedad el artículo que preparaba, y que jamás vio luz. Parte Eliade de que *“todas las filosofías, las técnicas ascéticas y contemplativas, y las místicas hindúes persiguen un mismo fin: curar al hombre de la existencia en el tiempo.”* Esta curación se obtiene retrocediendo hasta el inicio del mundo, es en el origen del cosmos donde se busca la reintegración con la plenitud inicial y quebrar así el ciclo de transmigraciones. Tanto Buda como los yoguis recuerdan sus existencias anteriores. También los chamanes hablan del tiempo primordial. Si antes vimos que los primitivos a través de los ritos recuperaban el tiempo mítico, Mircea Eliade nos presenta un sistema religioso oriental que coincide en una idea primordial: el retorno al origen. Cuando Platón nos dice que la verdad (*aletheia*) es el recuerdo del alma en un Universo atemporal de Ideas, ¿acaso no está diciendo que conocer es recordar? ¿No es una invitación a retornar al origen? También el psicoanálisis busca la curación a través del recuerdo,

volver atrás, desandar y revivir la crisis para reintegrarla en la conciencia. Memoria, anamnesis, metempsicosis, regressus ad originem,... no importan tanto las diferencias entre los términos como la sutil identidad entre presente y origen temporal.

Varias llamadas del editor de la revista reclamando el artículo lo antes posible me habían desconcentrado, por no decir irritado y casi enojado. Total, para la mierda que pagaban... Decidí tomarme un merecido descanso, así que preparé café y sintonicé una cadena nacional de música clásica. ¡Cuánta belleza salía de la vieja radio de segunda mano del comedor! Bueno, comedor-cocina y sala de invitados, si tenemos en cuenta que todo el estudio alquilado contaba con no más de treinta metros cuadrados. Me senté en una butaca que compré en una tienda de oportunidades en la calle pintor Fortuny y cerré los ojos. No estoy muy seguro de si dormí superficialmente o de si me relajé profundamente. No importa. Pero mis pensamientos me llevaron por tierras extrañas, tan extrañas que se hicieron palabras, y las palabras enigmas. Pronto reconocí en ellas al sabio de Buenos Aires, el entrañable Borges, apasionado de los laberintos y las bibliotecas como de la eternidad y *Las mil y una noches*. Y ahora visitador de sueños. Esas enigmáticas palabras cayeron en el olvido absoluto cuando un pequeño espasmo rompió el hilo invisible que une el mundo infinito de lo onírico con la finitud de la vigilia. Otras veces me han sucedido experiencias similares, o tal vez sea la misma que se repite periódicamente. Jamás se me pasó por la

cabeza creer que se tratara de un misterioso aviso de los hechos que estaban a punto de suceder, pues en las otras ocasiones no precedieron ninguna experiencia resaltable. Me reconozco como un espíritu que gusta de buscar explicaciones racionales para los sucesos que acontecen, y también encontré una muy plausible para éste. Me considero un fiel lector de Borges, pero reconozco que me atrae más el Borges de los relatos y los ensayos, en cambio el Borges poeta (si es que podemos separarlos) me es un poco más distante. Pues bien, hace algunos años me causó una gran impresión su breve ensayo acerca de una revelación onírica. S.T. Coleridge escribió el poema *Kubla Kan* (incompleto debido a una desafortunada visita). El poeta afirmó que soñó con el más precioso de los poemas, y fortuna de las fortunas, al despertar lo recordaba perfectamente. Así que inició la escritura con las bellas palabras reveladas cuando dicha visita lo “despertó” de su ensimismamiento creativo.

S.T. Coleridge olvidó el resto del poema para siempre. Pero Borges da un paso más en esta historia mágica de revelaciones. *Kubla Kan* era un emperador mogol del siglo XIII que edificó un palacio. Cuando S.T. Coleridge soñó con un poema que describe el palacio de *Kubla Kan*, allá por 1797, aún no se tenían muchos datos acerca del palacio. Fue años más tarde cuando se supo que dicho palacio, y he aquí lo enigmático del asunto, fue soñado por el emperador mogol, que luego mandó edificar. El poeta había leído acerca de *Kubla Kan*, pero desconocía que un sueño

revelador fuera el origen de la construcción de un palacio en el siglo XIII. En el 1797 un sueño revelador es el origen de un poema, una misma existencia en dos sueños busca encarnarse en nuestro mundo, bien como palacio bien como poema. Borges acaba el ensayo preguntándose si habrá una tercera revelación onírica.

Ahora que el lector conoce la excitación que me causó años atrás este extraño suceso documentado, comprenderá fácilmente que el sueño de las palabras olvidadas donde reconozco al erudito argentino no es más que la manifestación de un deseo inconsciente. Un sueño y nada más. ¿O tal vez no?

Me retorcí en la butaca, bostecé, lancé un leve suspiro. Sonreí al recordar parte del sueño y su repetición cíclica, pensé en apuntarme la fecha y llevar un registro con la frecuencia del sueño. Pero finalmente desistí. Ya lo haré mañana, me dije. Procrastinación se llama. Así que me acurruqué bajo una manta pequeña y dormí, ahora profundamente.

El volumen de la melodía del teléfono gradualmente se acrecentaba. Debía llevar un rato sonando cuando entreabrí los ojos y alargué el brazo. Estaba desorientado, la boca seca y torpe de movimientos. Seguramente se trataba del editor de la revista, nervioso porque aún no le había enviado el artículo. Así que con infinita desgana contesté:

—Diga...

—Buenas noches —contestó una voz grave y metálica—. Siento molestarle, es usted Andy?

—Eh....sí, bueno en realidad soy Andrés Moreno.

Por Andy sólo me conoce un colega de universidad.
—contesté algo desconcertado, pues era evidente que esa gutural voz de ultratumba nada tenía que ver con el jovial compañero de andanzas estudiantiles.

—¿Quién es usted? —interrogué.

—Soy el agente Cantero, Manuel Cantero, del departamento de repatriación de cuerpos. ¿Conocía usted al señor Joel Rama?

—...

—¿Oiga? ¿Me oye? ¿Señor Moreno?

—Sí si, perdone agente,... estoy aquí, pero... no entiendo...

—Mire señor, mi departamento se ocupa de ciertos trámites internacionales. Hace unos días recibimos cierta información del gobierno de Siria, acerca de la identificación de un cadáver de origen español. Después de mucho esfuerzo, nuestro departamento ha conseguido repatriar el cuerpo del señor Rama, quien al parecer decidió irse bien lejos para volarse los sesos. Usted perdone, señor. Le acompaño en el sentimiento, claro. Resulta que sus parientes más cercanos no han sido localizados, y entre sus números de contacto hemos encontrado el suyo. Entienda que tenía pocos números y Andy es el primero de la lista... Nos sería de gran ayuda si usted fuera tan amable de reconocer el cuerpo, un puro formalismo, y de paso hacerse cargo de las pertenencias. Poca cosa, oiga, teniendo en cuenta que no pensaba echar raíces. Usted perdone, claro.

—¿Cómo? —le interrumpí—, ¿Joel, mi amigo Joe *el largo*, muerto? No puede ser... debe de tratarse de

un error..

—Mucho me temo que no, señor. Nos sería de gran ayuda si mañana a primera hora pudiera acercarse al depósito. ¿Tiene donde apuntar la dirección?

Un fuerte sentimiento de irrealidad y aturdimiento se apoderaba de mis sentidos; una extraña neblina me impedía ver con claridad, un zumbido me ensordecía por momentos, incluso respirar era algo dificultoso. No recuerdo el resto de la conversación pero al parecer, de manera mecánica tomé nota de una dirección. El teléfono se volvió cada vez más pesado hasta que mi mano cesó en el empeño de sostener tan fastidioso objeto. Cayó al suelo. En la otra mano una nota decía:

Depósito cadáveres. Recoger pertenencias, calle Marina 22b-28b. De 9 a 13h.

Aún faltaban cerca de cinco horas para la apertura de ese escalofriante almacén-nevera de cuerpos inanimados, y una voz desconocida me había dicho que en ese sitio debía encontrar al insolente pero divertido Joe, mi amigo. ¿Por qué creerlo? Tal vez se tratase de una equivocación. Sí, seguro que dentro de unas horas vería el cuerpo de otro infeliz y todo quedaría en un susto. ¡Cómo reiríamos cuando le contase la anécdota de su muerte! Hice todo lo posible por fabular historias que explicaran el error, incluso visioné el encuentro con Joe, entre bromas por el malentendido; pero nada me pudo alejar de la terrible idea que me cernía. La voz estaba tan segura...

Ingerí varios tranquilizantes y pasé las eternas horas recordando muchos de los momentos que

pasamos juntos. Algunas de sus gracejas se hicieron presentes y no pude reprimir una leve mueca de sonrisa, en contraste con los vidriosos ojos que se humedecían, cada vez más hinchados. Un tipo con tantas ocurrencias, astuto como un zorro y con el desparpajo de la calle... no daba el perfil de un suicida depresivo, ni mucho menos. ¿Y por qué en Siria? ¿Qué es lo que sucedió allí? Era todo demasiado confuso e irracional. La situación carecía de sentido común. La verdad es que hacía más de dos años que nada sabía de él, mucho antes de licenciarme abandonó los estudios y disminuyó la frecuencia de sus visitas. Se reducían a momentos puntuales, como algún cafetillo muy de vez en cuando o una cena para celebrar algo. Ahora que reflexionaba, en los dos últimos años no habíamos quedado ni una sola vez... ¡dos años! ¡Y hasta ahora no había sido consciente de ello! Empezaba a ser consciente de que nuestro alejamiento podía ser irremediabilmente para siempre. ¡Siempre! ¡Nunca!

Al levantarme de la vieja butaca me invadió una especie de vértigo por la existencia. Me dejé caer de nuevo en la misma, falto de fuerzas y asustado. Y recordé. Recordé el día en que nos conocimos en la facultad, o cuando le bauticé como *Joe el largo*, al confesarme su juvenil pasión por las novelas de piratas (y muy en especial por long John Silver, el bucanero de *La isla del tesoro*). Entonces me bautizó como Andy, un nombre más novelesco según él. Y enseguida se estrechó nuestra amistad. Uno de esos días me llevó por sorpresa a una timba de póquer en

un antro del Raval. Aunque perdía mucho dinero (periódicamente le hacían un buen ingreso sus padres) él se mostraba confiado y bravucón. No tenía en gran estima el apego al dinero, o eso daba a entender con esa actitud. Me pidió que le comprara un poco de tabaco de liar, justo en el estanco que hacía esquina. Al oído me susurró que le esperara en la puerta misma del establecimiento, y depositó unas monedas en el bolsillo de mi chaqueta. No llevaba ni cinco minutos esperando cuando un terrible portazo seguido de insultos y amenazas despertaron la noche. “Corre! Corre, Andy! Por tu vida, joven amigo! Hoy no quieras cenar con el diablo!” Joel venía como un loco huyendo de los matones del antro y a cada impulso que hacía en el desplazamiento un fajo de billetes asomaba entre los puños cerrados. Aquel intrépido chico de veinte años y delgado como un paraguas cerrado había hecho una buena jugarreta a tres mafiosetes de barrio. “Menudos panolis”, repetía entre carcajadas cuando recordábamos el episodio de la timba. A continuación parodiaba a los matones de tres al cuarto haciendo una mueca de bobalicón y entonces todos los oyentes reíamos a no parar. Algunas veces henchía soberbio el pecho y con el índice de la mano derecha se tocaba la sien, y exclamaba excitado y orgulloso: “qué temple el mío, Andy, tenías que haberme visto! Ah, aún no ha nacido quien sea capaz de hacerme una trece catorce! No pongas esa cara! ¿Es que no sabes de qué te hablo? Lo de la llave! aquello que te expliqué de que no existe la trece catorce! Bah, es igual.” Entonces reflexionaba

unos segundos y añadía: “Bueno, una vez me la jugó una colombiana... qué diablo de mujer! Pero me juré que sería la última vez! Sí, eso, la última!... oye Andy, que tal si vamos a tomar otra copa... dicen que la noche es misterio, pues bebamos un poco de ese misterio!”

Así de alegre y extrovertido era el flaquito amante de las novelas de piratas, aventurero y valiente; y así quedará para mi recuerdo, pues efectivamente el cuerpo delgado que pude observar horas más tarde me era muy conocido. Lo que quedaba de un buen amigo era un rostro desfigurado por el horror de una muerte prematura y la perforación de una bala.

La noche poco a poco dejó paso a un sol tembloroso que despertó la mañana del veinte de noviembre. Me ajusté las gafas con un sutil empujoncito de dedo anular y me abroché el abrigo de paño gris oscuro, de esos que llaman de tres cuartos. Decidí realizar andando el trayecto que debía llevarme hasta la calle Marina, pensando que quizá el aire matutino de la Barcelona que despierta podría refrescar un poco mi enjuto rostro apergaminado. Noviembre en Barcelona es una extraña mezcla de soledad en compañía; un vaivén de sombras grises que se entrelazan, desaparecen y vuelven a aparecer. Alguien dijo una vez que Barcelona es un bostezo desperezándose y una vieja persiana que se abre. Algo hay de eso a tales horas.

El edificio que me esperaba cuarenta y cinco minutos más tarde era una vieja nave industrial con algunas ventanillas rotas. El vigilante que abrió la